

LA SEMANA CINEMATOGRAFICA



LINA CAVALIERI

Año I :: Núm. 28

14 Noviembre 1918

Precio: 30 centavos

LA SEMANA CINEMATOGRAFICA

Directora y propietaria: LUCILA AZAGRA. = Correspondencia a Casilla 2289

Suscripción por este año, colección completa, \$ 10

Números sueltos: Portal Fernández Concha, 950

GERALDINE FARRAR

Esta artista es una de las que han alcanzado mayor celebridad en el mundo del arte.

Divide su tiempo entre la ópera y el cine, dedicando a cada una de estas actividades una parte del año, y es igualmente famosa en ambas.

Creemos interesante dar a continuación un extracto de un reportaje sobre su vida íntima que le hizo un periodista yankee.

UN día de lluvia,—dice,—de esas que más bien parecen una pesada neblina, fué el que tocó cuando fuí a visitar a esta célebre *prima donna*, un día en que ella, por propia confesión, no saldría de su habitación por más que se la solicitara, pues el hacerlo, la expondría a resfriarse, lo que para ella sería de serias consecuencias, pues aparte de la molestia física, sus contratos teatrales sufrirían interrupciones perjudiciales al público, a la empresa y a la misma artista.

Por lo tanto, me propuse aprovechar esta oportunidad para pasar un buen rato de amena conversación, y de descubrir los más interesantes detalles de la vida íntima de esta gran artista, que desde hace poco tiempo viene actuando en el cine con marcado éxito. A mi entrada, la encontré sentada al piano, interpretando una armoniosa melodía que interrumpió al verme, apresurándose a tenderme su mano con una gentileza que de inmediato captó mis simpatías y lo confirmé luego al decirme que ella no quería que se la admirara como si fuera algún sér extraño,



pues ella es una persona vulgar y muy democrática. Mientras iniciábamos la conversación, aproveché para dar un vistazo rápido a la habitación de la *prima donna*, y pude darme cuenta que en esto como en todas sus cosas, la actriz demostraba su exquisito gus-

to y también dejaba entrever su gran amor por la comodidad.

Los muebles eran de los más ricos y costosos y ningún detalle que significara *confort* y buen gusto había sido omitido. Grandes floreros contenían las rosas más delicadas que son renovadas diariamente, pues dice la Farrar que para ella las flores son tan indispensables como el aire y la luz.

Aparte de estos detalles veíanse diseminados muchos artículos de alto valor que luego nos dijo eran recuerdos de sus giras artísticas por distintos países, y algunos de estos objetos eran testimonios de admiración de príncipes, reinas y hasta de reyes.

Al rogarle que me relatara algunas de sus experiencias por el extranjero, me contestó que poco podría decir que fuera de interés. Estudió el canto en Alemania durante diez años y fué en Berlín que hizo su debut con tal éxito que inmediatamente pasó a actuar en Italia y Francia. Dice que en el extranjero los sueldos que gana son mucho menores que los que pagan los americanos, pero en cambio el público que concurre es un apasionado por la música y en especial por el canto, y escucha con atención religiosa, no dejando de percibirse del menor detalle que no sea perfecto.

En Norte América el público es todo lo contrario, pero yo he llegado a acostumbrarme y su indiferencia no me afecta en lo más mínimo. Por ejemplo llegan a la Metropolitan Opera House a las nueve y media, es decir casi una hora después de haber empezado la representación, duermen hasta las diez y media y después de desperezarse toman sus abrigos y se retiran sin dejar de decirse entre ellos «qué mal ha estado la Farrar esta noche».

—¿Cuál es su ópera favorita?— pregunté a la actriz.

—Todas me son iguales, todas me gustan, pero si tuviera que elegir, me quedaría con «Madame Butterfly», «Tosca» y «Thais».

Algo que a mí me causa mucha gracia son

las personas que se maravillan de los grandes sueldos que ganamos algunas actrices, no sólo del teatro sino del cine, pero que siempre son personas que no tienen en cuenta los enormes gastos que tenemos nosotras, y que a medida que nuestro sueldo aumenta nuestros gastos suben en proporción. En prueba de ello le diré que yo no puedo usar un mismo vestido más de dos veces, no porque a mí no me guste sino porque el público exige vestidos nuevos y lujosos.

Agréguese a esto, nuestras contribuciones para fiestas de caridad, a las cuales no podemos sustraernos ni suscribir poco porque todos saben nuestro sueldo. Naturalmente, nos es muy grato atender y poder contribuir a estas caridades, y sólo se lo digo para que vea que teniendo todo esto en cuenta no nos resta mucho para economías.

—¿Y así que a usted le agrada verdaderamente trabajar en el cine?

—Sí—nos contestó con decisión—; me gusta mucho trabajar en películas, sobre todo cuando se trata de un buen argumento. Pero lo único que me es indispensable es estar ocupada todo el tiempo, es decir, que el trabajo continúe sin interrupción, me es imposible estar sin hacer algo. Cuando termina la temporada lírica en el mes de mayo, enseguida me dedico por completo a la filmación, descansando muy poco antes de reanudar mis representaciones teatrales.

Su opinión de los y las americanos es que son perezosos. Ante semejante afirmación, manifesté mi sorpresa haciéndole presente que los americanos tenían fama de ser hasta demasiado activos. La actriz insistió en su manifestación, agregando que el americano siempre quiere tener más dinero, pero no siempre quiere trabajar para obtenerlo.

Las mujeres lo mismo, no hay una chica norteamericana que no crea que los trabajos domésticos son desagradables y deprimen a quien los ejecuta. Prefieren hacer cualquier trabajo en un taller, una fábrica pero de sirvienta nunca. Eso sí que no. Yo me felici-

GALERÍA DE «LA SEMANA CINEMATOGRAFICA»



INA CLAIRE
Estrella de la «Paramount»

to que desde muy niña se me ha enseñado el manejo completo de una casa, y que sé cocinar lo suficiente como para poder presentar una comida al más exigente en el caso de que me quedara sin sirvientas inesperadamente.

Al preguntar a la actriz por su esposo el señor Lou Tallegen, conocido empresario teatral, me contestó que se hallaba en gira artística por el país con su compañía y que dicha gira duraría aún unos seis meses, pero tenía la esperanza de que su esposo le haría algunas visitas breves durante esos seis meses.

Dentro de breves días, me informó la Fa-

rrar, debía ausentarse para California, para impresionar seis cintas que deben hacerse en seis meses con la compañía Goldwyn.

En vista de que ya habíamos sido interrumpidos dos veces por el anuncio de visitas que esperaban ver a la actriz, resolví dar por terminada esta entrevista, preguntando a Geraldine Farrar si había algo que quisiera decirme para comunicar al público.

Me contestó que nó, salvo que yo quisiera repetir que ella es norteamericana, nacida en Boston, Matt, pues dice que no han faltado algunos mal intencionados que le han atribuído otras nacionalidades.

AL MARGEN DE LA GRIPPE

PARECE mentira, pero es el hecho que acabo de tener una grippe feroz, que a poco más da conmigo en el paraíso.

Sé muy bien que no es al paraíso sino al infierno donde van las más bellas mujeres, pero estoy convencido de que el destino me reserva, entre otras pruebas, la de irme al cielo, donde, según es fama, los bienaventurados pasan la eternidad sentados, oyendo música. Muy aficionado soy a la música sagrada, y en general a la buena música, pero creo que por sobresaliente que sea allá la orquesta y por muy bien que se expidan los coros de ángeles y serafines, el pasarse eternamente en aquello debe de ser muy aburridor.

En fin, libre ya de la grippe y declarado de alta por tres sabios galenos, salgo a la calle.

Con esa dulce y benévola disposición de espíritu del hombre que vuelve a la vida desde los umbrales del sepulcro, me dirijo a paso lento, por las calles a esa hora solitarias, camino de la Imprenta.

Todo me parece hermoso: los árboles, los edificios, los tranvías, el sol. Siempre la vida

parece bella y grata a aquel que ha estado a punto de perderla.

En la Imprenta encuentro a un muchacho de los que hacen cartelones.

—¿Y el Regente?

—Con la grippe.

—¿Y el ayudante?

—Con la grippe.

—¿Y el prensista?

—Con la grippe.

—¿Y la Directora de LA SEMANA?

—Con la grippe.

—¡Cómo! ¿y entonces quién está preparando la Revista?

—Se está haciendo sola. A medida que van llegando los originales, los cajistas los van componiendo.

—¡Ah! ¿entonces hay cajistas sin grippe?

—Hay ocho que ya la tuvieron y están un poco «alentaditos» y otros ocho que la tienen en principios, pero que todavía se aguantan en pie.

Salgo de allí más que ligero. Me parece que acabo de atrapar de nuevo la terrible enfermedad. Me siento contagiado hasta la médula de los huesos.